
Josepa CUCÓ i GINER
Rafael JUAN i FENOLLAR

*La proletarización del
campesinado y su relación
con el desarrollo capitalista:
El caso del País Valenciano**

*«...Une exploitation qui n'offre pas un travail suffisant,
qui ne procure pas un revenu équitable et qui ne permet pas
de procurer une situation sociale et un mode de vie décents
à l'exploitant et aux membres de sa famille, n'est plus une
exploitation familiale telle qu'elle devrait être...»*

*(«Memorandum de la comisión sur la réforme de
l'agriculture dans la Communauté Economique Euro-
péenne», presentado por M. Mansholt el 18-XI-1968).*

La agricultura ha sido, sin lugar a dudas, el sector más importante dentro de la estructura económica del País; todavía en 1962 Joan Fuster escribía: «...El camp ho és tot al País Valencià. La nostra és una economia fonamentalment agraria i aixó determina en una bona mesura el caracter i el comportament genèric de la societat» (1). Pero

* Este trabajo, realizado en mayo de 1978, constituye una versión modificada y ampliada de uno anterior que los autores incluyeron en un colectivo sobre la cuestión agraria en el País Valenciano.

(1) Fuster, Joan: *Nosaltres els Valencians*, Ed. 62, Barcelona, 1962, p. 187 (traducción: «El campo lo es todo para el País Valenciano. Nuestra economía es fundamentalmente agraria, y ello determina en gran medida el carácter y el comportamiento genéricos de la sociedad»).

lo verdaderamente específico del caso valenciano es la temprana introducción del capitalismo en el sector agrario y el hecho de que aquél se desarrollara de manera más significativa en la agricultura que en la industria.

En las últimas décadas, el País Valenciano ha experimentado una mutación económica y social significativa. En 1950, la agricultura no solamente era el sector más importante —puesto que la población agraria representaba el 47 por 100 del total, teniendo que distribuirse la industria y los servicios el 53 por 100 restante—, sino que ya se podía hablar de una agricultura en la que el modo de producción capitalista era dominante. Así, y para este mismo año, el 77 por 100 de la población laboral agraria podía ser calificada de «capitalista» (población laboral empleadora y asalariada), mientras que el 23 por 100 restante estaba integrado por población laboral «precapitalista» (patronos sin asalariados y ayudas familiares) (2).

A partir de este momento, el desarrollo acelerado del capitalismo industrial y financiero va a suponer un desplazamiento del capitalismo agrario. Consecuentemente, los fenómenos que en este período van a revestir mayor importancia son aquellos que se desprenden del proceso de desagrarización-industrialización, el cual se nos presenta no sólo de forma rápida e intensa, sino compleja y contradictoria (3). En este sentido y recogiendo la idea de Ernest Lluch (4), el despegue industrial valenciano no se produjo plenamente hasta bien entrada la década de los sesenta, y ello no fue fruto, como cabía esperar, de la implantación de la gran industria forastera o extranjera, sino del desarrollo de la ya existente, basada fundamentalmente en sectores y capitales autóctonos.

A nuestro entender, la dificultad y complejidad de dicho proceso —en lo que al sector agrario se refiere—, deriva del hecho de que, en su conjunto, la población laboral agraria no ha seguido una evolución lineal, que

(2) Mollà, Damià: «La formació social valenciana dels anys 70», Rev. *Arguments*, núm. 2, cuadro núm. 7, Ed. L'Estel, Valencia, 1975.

(3) Mollà, D.: *Op. cit.*, p. 176.

(4) Lluch, E.: *La Via Valenciana*, Ed. Eliseu Climent, Valencia, 1976, pp. 14-15.

implicaría una acentuación de su carácter «capitalista» y una regresión de sus componentes «precapitalistas». Muy al contrario, a pesar de la disminución global de los efectivos de este sector, no sólo se mantiene el número de labradores que no utilizan mano de obra asalariada, sino que aumentan de forma relativa si lo comparamos con el resto de los componentes. En otras palabras y utilizando la terminología de D. Mollà, la población laboral agrícola más estable sería la «precapitalista artesanal», mientras que habría una notable disminución en el resto.

Estructura laboral agraria

Año	Total	Pobl. cap. empleadora	Pobl. cap. asalariada	Pobl. pre-cap. artesanal	Pobl. pre-cap. familiar
Evolución en número de índices para 1950=100					
1950	100	100	100	100	100
1960	83	75	85	84	76
1970	56	54	49	93	53
Evolución en % sobre el total anual					
1950	100	5	72	16	7
1960	100	4	73	16	7
1970	100	5	61,5	27	6,5

Fuente: Cálculos propios basados en datos de D. Mollà, op. cit., p. 171.

La constatación de la estabilidad relativa de que gozan los labradores, pequeños y medianos propietarios que no utilizan regularmente mano de obra asalariada, nos introduce de lleno en la problemática de la disolución, en las formaciones sociales en las que el modo de producción capitalista es dominante, de modos de producción anteriores. En otras palabras, se trata de la decadencia o pervivencia de la pequeña producción agraria, frente a la ya clásica concentración capitalista de las explotaciones.

En el caso concreto del País Valenciano, y pese a una desagrarización e industrialización progresivas, nos encontramos con una prolongada supervivencia, incluso nos atreveríamos a decir de un afianzamiento, de las pequeñas explotaciones agrarias. Tal situación, vendría explicada en

gran manera —y ésta es la hipótesis de trabajo que planteamos— por el mismo proceso de proletarización (5) en que se encuentra inmerso el pequeño y mediano propietario agrícola. Nuestro propósito es analizar detenidamente dicho proceso, clarificando, por una parte, los fenómenos que lo han motivado y poniendo de relieve, por la otra, las distintas respuestas que ha dado el labrador frente a su creciente proletarización, que implica un cambio sustancial en las relaciones sociales de producción.

En nuestra opinión, el proceso de proletarización del labrador valenciano es el resultado de la mutación sufrida por el capitalismo autóctono, que de ser eminentemente agrario pasa a ser predominantemente industrial. En otras palabras, es el precio a pagar por la agricultura valenciana en su adaptación a la creciente industrialización y urbanización. Esta adaptación ha quedado materializada fundamentalmente en dos tendencias, como son las del fraccionamiento del suelo agrícola y el deterioro de los ingresos agrarios. El estudio detallado de cada una de estas dos tendencias es, pues, esencial para comprender la importancia que tiene el proceso de proletarización en el País Valenciano.

1. TENDENCIA AL FRACCIONAMIENTO DE LA TIERRA

El exiguo tamaño de las explotaciones agrarias y su excesiva parcelación es una de las características más notables de la agricultura del País Valenciano. Pero si bien esto es cierto en términos absolutos y estáticos, un análisis espacial y dinámico nos muestra que esta tendencia resulta cierta solamente para algunas comarcas, puesto que ello depende en gran medida del tipo de cultivo y de la zona del País en que se encuentra.

(5) Entendemos como proceso de proletarización del campesinado aquel resultante de la creciente articulación de éste en el mercado y que se materializa en una pérdida gradual de su independencia económica. Dicho proceso puede constituir también uno de los elementos que determinan el trasvase de fuerza de trabajo a otros sectores productivos.

Según el análisis que hace R. Pérez Casado del censo agrario de 1962, podemos distinguir tres zonas fundamentales: el litoral, que se caracteriza por la pequeña propiedad de regadío y por una moderada parcelación; el secano de las llanuras interiores, con unas explotaciones que oscilan de la mediana a la gran propiedad (de 50 a 200 hectáreas) y una parcelación superior a la del conjunto (entre 6 y 10 parcelas por explotación), en donde predominan la viña, el almendro y el algarrobo; y, finalmente, la montaña interior, de relieve abrupto y escasos recursos, con una gran propiedad en términos territoriales y una fragmentación extraordinaria de la superficie (6).

En 1972, la distribución de la tierra se podía resumir en los siguientes términos: por una parte, en el litoral, se acentúa todavía más lo exiguo de las pequeñas explotaciones; así, más del 75 % de éstas tienen una superficie inferior a las tres hectáreas y ocupan entre el 10 % y el 15 % de la superficie censada. No sería del todo exacto calificar de moderada la parcelación que se da en este tipo de explotaciones ya que, dado su reducido tamaño, su rentabilidad se vería seriamente afectada con cualquier nueva subdivisión. Las llanuras interiores se encuentran plenamente inmersas en este mismo tipo de evolución.

Por la otra, y en lo que respecta a las comarcas montañosas del interior, observamos una tendencia hacia la disminución de la excesiva fragmentación existente, ya que tanto el número de explotaciones, como muy especialmente el número de parcelas se ha reducido visiblemente en el tiempo que media entre los dos censos.

En líneas generales, si materializamos esta tendencia al fraccionamiento, vemos que mientras en 1962 el número de explotaciones agrarias era en el País Valenciano de 265.490, en 1972 esta cifra había aumentado a 295.479. Pero resulta todavía más significativo constatar el hecho de que, mientras en 1962 el 38,3 % de las explotaciones tenía un tamaño inferior a una hectárea, diez años más tarde este porcentaje aumentaba a 43,9 %.

(6) Pérez Casado, Ricardo: «La agricultura» en *Estructura Econòmica del País Valencià*, Ed. L'Estel, Valencia, 1970, vol. I, p. 260.

Efectivamente, parece que la fragmentación de la tierra es muy significativa en el campo valenciano; en la costa, por el «hambre de tierras», y en el interior, por los condicionamientos físicos; sin embargo, es mucho más importante en las comarcas del litoral y aun, entre éstas, cabe distinguir ritmos diferentes. La máxima fragmentación se da en la Ribera Baixa, la Safor y el Vinalopó Mitjà. Mientras que en el caso del Vinalopó Mitjà la acentuada fragmentación responde en gran medida a los elevados costes de las recientes transformaciones de tierras en regadío, en el caso de las dos primeras, dicha fragmentación se ve apoyada en el hecho de ser un regadío muy intensivo, con productos altamente competitivos en el mercado, donde el número de explotaciones aumenta mucho más rápidamente que el de las parcelas. Ello se debe, entre otras razones, a la elevada presión demográfica y al gran movimiento de compraventa de tierras, que, unido al alto precio de éstas, da lugar a que el vendedor obtenga una más que sobrada compensación monetaria y el comprador sólo pueda optar por pequeñas parcelas, muy especialmente cuando el dinero proviene de costosos ahorros, tal y como es el caso de los jornaleros y de los emigrantes regresados.

La fragmentación de la tierra es un factor relevante en el proceso de proletarización del labrador del litoral; no hay más que recordar los argumentos ya clásicos en la economía agraria, según los cuales, cuanto más pequeño es el tamaño de una explotación, mayor es la pérdida de superficie útil, resulta más difícil realizar un ahorro de hombres e instrumentos de trabajo, de aplicar de forma operativa la dirección técnica y la división de trabajo, se acusa una inferioridad comercial y, finalmente, dificultades para procurarse créditos.

Aunque este fenómeno no sea tan acusado en las comarcas del interior, ello no implica la inexistencia de un proceso de proletarización, sino que, por el contrario, éste se da, a pesar de que su contenido y su cadencia sean diferentes. Lo que queremos decir con esta afirmación es que, en los años sesenta, ya se ha producido una fuerte

emigración de la población rural de éstas comarcas hacia las zonas más industrializadas del litoral; nos encontramos, por tanto, ante un proceso de proletarización que se ha caracterizado por una rápida expulsión de campesinos, que dejando la tierra han ido a engrosar la población laboral de otros sectores productivos.

Pero la pieza clave en el fraccionamiento de la tierra es la renta que de ella se obtiene, la cual además de depender de consideraciones estrictamente económicas —como puedan serlo la cantidad y el precio alcanzado por los productos agrícolas en el mercado—, pasa por el tamiz inevitable de la valoración que de ella tiene el labrador. Es decir, la propiedad de la tierra no es sólo un medio de obtener rentas, sino que, muy especialmente, es una manera de ganarse la vida. Como nos señala C. Servolin, la apropiación privada de la tierra es la condición «sine qua non» para la expansión del modo de producción mercantil simple («Mode de petite production marchande») y ello empuja al agricultor a conseguir la propiedad de la tierra, que es el medio más seguro de ser dueño del fruto de su trabajo (7). En este sentido se explica que las formas de aparcería y arrendamiento experimenten, durante el período intercensal, una constante disminución, mientras que la propiedad directa se convierte, en la mayor parte de las comarcas, en el único régimen de tendencia existente.

Sin embargo, en la medida que avanza y se generaliza la producción capitalista industrial aumentan las necesidades pecuniarias del labrador, llegando un momento en que éstas no pueden quedar satisfechas si no es vendiendo —para compensar su endeudamiento—, o comprando —para alcanzar un rendimiento óptimo de su trabajo— una parcela. La venta de una parte de la pequeña o mediana explotación agraria es lógica, ya que el precio de la tierra es relativamente mayor cuanto más pequeña es la parcela, resultando así más fácil encontrar comprador para estas tierras, consideradas como sobrantes por algu-

(7) Servolin, Claude: «L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste», en *L'Univers politique des paysans*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Armand Colin, París, 1972, p. 51.

nos y necesarias para redondear el número de hanegadas propias por otros.

El labrador valenciano o jornalero que con sus ahorros compra un pequeño trozo de tierra, está acelerando, sin darse cuenta, el deterioro de su situación económica. Efectivamente, «... El campesino que vende sus productos, pero no emplea o emplea un escaso número de jornaleros, que no es un capitalista, sino un simple productor de mercancías, calcula a veces de otro modo. Es un trabajador, no vive del producto de su propiedad, sino del producto de su trabajo, su modo de vida es el de un asalariado. Si necesita tierra no es para extraer tierra de ella, sino para ganarse la vida con ella... El agricultor, pues, cuando está en el estadio de la producción simple de mercancías, paga por una determinada parcela de terreno un precio más elevado que, en igualdad de condiciones, si se encuentra en un estadio de la producción capitalista. Pero esta manera de calcular puede causar, ciertamente, dificultades serias al campesino, especialmente si conserva los hábitos propios de la simple producción de mercancías, por haber pagado por la tierra un precio excesivo, habiendo superado, si no formalmente al menos ya de hecho, el estadio de la simple producción de mercancías y alcanzado la producción capitalista, no como empresario, sino como trabajador explotado por el capital...» (8).

Esta cita de K. Kautsky, si bien extensa, era necesaria para centrar el tema del fraccionamiento del suelo agrícola; por tanto, el proceso de proletarización del labrador valenciano. Como ya señalamos anteriormente, dicho fraccionamiento está más acentuado en las comarcas donde existe una elevada densidad demográfica, una verdadera «hambre de tierra» y unas mejores condiciones para obtener un mayor rendimiento.

Si la tendencia al fraccionamiento de la tierra parece ser una característica fundamental de las pequeñas y medianas explotaciones agrarias, en el caso del País Valenciano, ésta se ve acentuada por una razón de tipo social

(8) Kautsky, Karl: *La cuestión agraria*, Ed. Laia, Barcelona, 1974, p. 179 (primera edición, 1899).

como es la fragmentación provocada por la división de la herencia, en partes iguales, entre todos los hijos. Tal y como nos señala el antropólogo J. F. Mira, el sistema de herencia es una pieza clave en esta tendencia en todas las comarcas, con la parcial excepción de las masías morellanas. Un sistema hereditario de este tipo crea automáticamente, entre todos los hijos y herederos, un lazo directo con la tierra. Además, en el caso valenciano, este sistema no se extendió únicamente a los propietarios, sino que es practicado también por los arrendatarios quasi perpetuos, los cuales podían subdividir sus parcelas arrendadas en condiciones semejantes a las tierras en propiedad. Cabe señalar el hecho que, muy a menudo, estos arrendatarios han accedido posteriormente a la propiedad de las tierras (9).

Evidentemente, cada una de las subdivisiones de la tierra por razones hereditarias representa una reducción en el tamaño de las propiedades heredadas. Pero, en parte, dicha tendencia se ve compensada, especialmente en tiempos de estabilidad demográfica o de crecimiento lento, por una contratendencia: la reintegración de los matrimonios a través de la estrategia matrimonial, la cual se produce más a menudo en aquellas familias que gozan de un patrimonio familiar considerable.

Pero, junto a esta razón hereditaria, parece evidente que, históricamente, lo que ha provocado la actual fragmentación ha sido la presión demográfica y el «hambre de tierras», las cuales no disminuyeron a pesar de la emigración hacia las ciudades o al extranjero, puesto que mucha gente de la que marchaba volvía después, una vez reunidos los ahorros necesarios, para convertirse en propietario o aumentar las pocas hanegadas que ya tenía.

(9) F. Mira, Joan: «Los valencianos y la tierra: sobre la evolución y crisis de una sociedad agraria», en *Expresiones actuales de la cultura de un pueblo*, Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos de Madrid, 1976, pp. 52-53.

2. LA CONSTANTE DEGRADACION DE LOS INGRESOS AGRARIOS

El segundo factor íntimamente ligado al proceso de proletarización del labrador valenciano es, sin duda alguna, la degradación de los ingresos agrarios. En todas las comarcas del País Valenciano resulta cada vez más difícil que las familias de los labradores, pequeños y medianos propietarios agrícolas, puedan mantenerse con el producto de la tierra. Una parte considerable de antiguos propietarios o bien han desaparecido o bien han visto su posición económica superada —en cuanto a ingresos se refiere—, por la de los jornaleros. Solamente en las mejores tierras se obtienen ingresos equivalentes o superiores a los salarios de un peón de la construcción o de un obrero industrial. Según opinión generalizada, y a pesar de la situación inestable del jornalero agrícola, la posición del pequeño propietario no parece ser comparativamente tan deseable, puesto que «... el jornalero que té el jornal segur està millor que el llaurador», «... los que tienen pocas o ninguna hanegada viven mejor que los que tienen unas veinte, pues no se tienen que preocupar de nada, mientras que los segundos tienen muchos gastos, también van al jornal y después tienen que trabajar lo suyo.» (10).

Esta degradación de los ingresos del labrador valenciano ha estado provocada, principalmente, por un aumento continuo de los costes de producción —abonos, insecticidas, maquinaria y mano de obra—, por un deterioro del precio de los productos agrícolas en el campo y, finalmente, por un aumento del consumo familiar.

En lo que a los costes de producción se refiere, podemos afirmar que, en términos generales y en los años en que se obtiene un beneficio —que no son todos como ya veremos—, los gastos representan más del 75 % del total de los ingresos agrícolas. Esta elevada proporción nos indica una dudosa rentabilidad, especialmente si tene-

(10) Cucó, Josepa: «El canvi económic, l'estratificació social i el poder polític a una localitat de la Ribera Baixa del Xúquer», en *Arguments*, núm. 3, L'Estel, Valencia, 1977, página 179.

mos en cuenta que las producciones agrarias comportan siempre un riesgo importante (heladas, pedrisco, plagas, superproducción).

Por otro lado, podemos afirmar que el beneficio resulta, una vez deducida la remuneración del trabajo, más bajo en el País Valenciano que en el resto del Estado español. Es decir, que los labradores valencianos perciben menos dinero por su trabajo que sus vecinos y colegas de otras regiones y nacionalidades, y ello, a pesar de una rentabilidad superior. Un ejemplo esclarecedor de esta situación desfavorable nos la da J. Sorní cuando dice: «En el período 1960-72, los beneficios por explotación pasan, en la región valenciana, de unas 46.800 pesetas, a cerca de las 54.000 pesetas, lo que supone un incremento de un 15,2 por 100. Sin embargo, las cifras medias nacionales indican, en idéntico período, un aumento del 121,7 por 100, pasando de unas 36.000 a casi 80.000 pesetas, siendo importante consignar, además, que si bien en 1960 tales beneficios eran, en cifras medias absolutas, superiores en la región valenciana que en España, esta situación se ha invertido en 1971...» (11).

Sin embargo, a pesar de esta situación comparativamente desfavorable, el País Valenciano soporta uno de los líquidos impositivos más elevados: el 50 por 100 de las empresas agrarias españolas incluidas en la categoría de 25.000 a 100.000 pesetas de líquido imponible se encuentran en el País Valenciano y, precisamente, esta categoría abarca al 80 por 100 del total de las empresas agrarias valencianas.

(11) Sorní Mañés, José: «Algunas consideraciones en torno a la crisis de la agricultura en la región valenciana», en *Revista de Estudios Agrosociales*, núm. 94, 1976, pp. 94-96.

Labradores y ganaderos valencianos según líquido imponible

Provincias	EMPRESAS			Total empresas agrarias
	Grandes (+ 100.000 pesetas)	Medianas (25.000- 100.00 pesetas)	Pequeñas (- 25.000 pesetas)	
Alicante	325	9.008	21.885	31.245
Castellón.....	638	47.712	16.553	64.903
Valencia	3.296	171.404	8.319	183.019
Total País Valen- ciano	4.285	223.124	46.757	279.167
Total Estado espa- ñol.....	27.274	570.874	1.068.520	1.666.668

FUENTE: Citado por M. Gaviria y elaboración propia, «La población activa real en España», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 1, 1976, p. 161.

Si los cultivos que más valor aportan a la producción final agraria del País Valenciano son los de huerta, los cítricos y otros productos, como puedan ser la viña, los frutos secos y el arroz, sería necesario detenerse un poco para calibrar la importancia de los gastos y de los ingresos. En primer lugar, en los cultivos de huerta, el capítulo más importante dentro de los gastos es el que se dedica a abonos e insecticidas, dado que el ritmo de las rotaciones es muy rápido y provoca un continuo desgaste del suelo, siguiéndole de cerca el representado por la remuneración del trabajo. Pero como si ya hemos señalado los beneficios son generalmente bajos, a menudo se convierten en pérdidas casi ruinosas; por ejemplo, de más de 35.000 pesetas hectárea, en las patatas (12). La rentabilidad de estas tierras dedicadas a los cultivos hortícolas se basa fundamentalmente en que la mano de obra es esencialmente familiar.

En segundo lugar, los gastos más importantes en los cítricos responden también a los conceptos de «inputs»

(12) Herrero Frábegat, Clemente: *Geografía agraria de Meliana*, Instituto de Geografía de la Fundación Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1969, p. 39.

agrícolas y de mano de obra, con el matiz de que aquí las transformaciones son muy costosas. Pensemos en lo que representa la conversión del secano en regadío, la búsqueda de agua, el transporte de tierra, la nivelación, el abancalamiento, el drenaje de las fincas, el cambio de variedades, etcétera. Además, se puede decir que mientras los costes de producción se han más que triplicado, los precios de venta en el exterior casi no han variado desde 1959 (13).

En el secano comprobamos que se repite la misma proporción entre ingresos y gastos; así, en la uva de mesa vemos cómo se requiere, muchos más gastos para finalmente obtener unos beneficios menguados. Aquí, el coste realmente importante es el de la mano de obra, que representa más de los 2/3 del total; así, en el año 1976, el beneficio neto por hectárea fue de unas 4.592 pesetas, que se doblarían si tenemos en cuenta que la mano de obra es única y exclusivamente familiar y que, por tanto, ese dinero no sale al exterior.

Para finalizar este breve recorrido por los cultivos más importantes del País, quisiéramos hablar del arroz, el cual ha experimentado en los últimos años una gran transformación en sus técnicas de producción. Esta ha tenido lugar cuando la mano de obra ha alcanzado precios muy elevados, que hacían casi inalterable dicho cultivo. En una primera fase, la siega manual fue sustituida por máquinas segadoras-trilladoras, que reducían el número de operaciones agrícolas. En una segunda fase, «la plantada» del arroz, operación manual, ha sido sustituida por la siembra o el «barretjat». En pocas palabras, se puede decir que en estos momentos la mecanización del cultivo del arroz es casi completa.

Si el panorama que hemos presentado hasta ahora no es demasiado halagüeño, todavía lo es menos si comparamos los precios que el labrador obtiene por sus productos y los que tiene que pagar por los materiales que compra. Mientras que los precios agrícolas están congelados en el

(13) Bono Martínez, Émerit: «Model de creiximent de la economia valenciana» en V. Rosello i E. Bono, *La Banca al País Valencià*, Ed. L'Estel, València, 1973, p. 22.

campo y relativamente se puede decir que tienen una tendencia a la baja, los precios industriales, ya sean para la producción o para el consumo familiar, tienen un carácter marcadamente ascendente. En otras palabras, podríamos calificar esta situación de deterioro de los términos de intercambio entre el labrador valenciano y el resto de la sociedad en la que se encuentra inmerso.

En su continua adaptación al proceso de industrialización, el agricultor valenciano ha tenido que «tecnificarse», utilizando cada vez más abonos, maquinarias, herbicidas, semillas selectas, etcétera... Pero, al tiempo que se producía una adaptación al modo de producción dominante, tenía lugar una asimilación del tipo de consumo, que lleva implícito el creciente proceso de industrialización y urbanización. Si bien subsisten unas formas de autoconsumo, la mayor parte de los bienes y productos que constituyen el standing de vida de una familia campesina, responden al esquema de consumo de las ciudades. Con ello, aparece una doble dependencia del «exterior», ya sea por el origen del abastecimiento de dichos productos como por los precios que hay que pagar por ellos, los cuales se establecen de espaldas a las diferencias de rentas existentes entre el medio rural y urbano.

Precisamente este es el centro del problema: el labrador se encuentra con el hecho de que sus costes directos en material y en mano de obra son muy elevados y, al mismo tiempo, su producción comercializable se vende por debajo de su coste; en consecuencia, sus beneficios se reducen cada vez más. Además, sus necesidades de consumo doméstico han aumentado considerablemente. Frente a esta situación se hace necesario dar unas respuestas, tanto a nivel individual como colectivo. Y eso es justamente lo que va a hacer el labrador valenciano.

Como veremos a continuación, las respuestas individuales van a ser múltiples y variadas, mientras que las colectivas, dadas las circunstancias histórico-políticas, van a reducirse, en un primer momento, a las de carácter empresarial, como son el cooperativismo y su corolario las Cajas Rurales, para más tarde, dar paso a un complejo

movimiento político y sindical que se inició hace escasamente dos años.

3. RESPUESTAS FRENTE A UNA SITUACION CRITICA O DE CAMBIO

La respuesta múltiple que, bajo diversas formas, ha dado el labrador valenciano a la degradación de sus rentas agrarias no tiene un orden prioritario de aparición, ni implica una superación de etapas de tipo rostowiano. Y no podía ser de otro modo, puesto que el labrador tiene sólo una conciencia difusa de que estos hechos no son más que síntomas de su proletarización.

Entre las respuestas de carácter individual, la mecanización ha sido una de las más inmediatas, pudiéndose afirmar que la agricultura valenciana está actualmente muy mecanizada —si la comparamos, sobre todo, con el resto de agricultores del Estado español—, siempre dentro de los límites que establece una estructura de la propiedad muy dividida y muy parcelada. El predominio de las pequeñas y medianas explotaciones ha dado lugar a un fuerte crecimiento del número de motocultores, de pequeños tractores y de máquinas pulverizadoras, la mayor parte de las cuales son alquiladas en el caso de explotaciones con una superficie inferior a las tres hectáreas. Sin embargo, conviene tener en cuenta que existen zonas en las que la mecanización del campo acusa serias dificultades, y con ello nos referimos concretamente, tanto a las zonas montañosas del interior, donde hay una excesiva parcelación, como a la zona costera, donde existe una gran división de las tierras cultivadas. Además, determinadas fases del ciclo productivo de muchos cultivos no pueden ser mecanizadas; por consiguiente, en ambos casos, la reducción de los costes directos resulta difícil si media únicamente la mecanización.

Una segunda respuesta ha sido la de adoptar una postura voluntaria, como es la de aumentar su propia autoexplotación en el trabajo, convirtiéndose en un jornalero de su propia tierra y supliendo con horas el desequi-

librio presupuestario. Lo que ocurre en este caso es que concentra en su propia explotación, los jornales que haría para otros o que otros harían para él. En pocas palabras, es un asalariado con tierra y en la medida en que el precio de su producción le aporte un salario, continuará cultivándola. Pero suele ocurrir que esta reacción no es suficiente para cubrir el mero mantenimiento de un nivel determinado de producción y consumo, y, como fantasmas, aparece un endeudamiento difícil de frenar, uno inmerso en el circuito de préstamos y créditos bancarios, a los que no tiene más remedio que acudir.

Es el mercado, en donde se encuentran teóricamente la oferta y la demanda de productos agrarios, el que determina los precios, y éstos son los que establecen una serie de directrices, a las que, a corto o medio plazo, tiene que ir adaptándose el labrador. En esta adaptación a los precios del mercado, a través del tamiz que suponen los comerciantes o intermediarios, el labrador busca incesantemente un equilibrio de su presupuesto, pero en ese momento se encuentra con dos serios obstáculos: en primer lugar, la dificultad de mejorar su estructura productiva mediante un engrandecimiento de la producción, dado el elevado precio de la tierra; en segundo lugar, el estado avanzado de las técnicas agrícolas y el nivel de especialización del utillaje exigido para cada cultivo, a lo que hay que añadir el importante desembolso que suponen. Tales factores, le obligan a abandonar la anterior diversidad de cultivos y concentrar todos sus esfuerzos en solo uno de ellos. Esta creciente especialización de los cultivos agrícolas constituirá la tercera respuesta, la cual ha quedado materializada de forma patente en el País Valenciano en la hegemonía que en algunas comarcas, tienen el cultivo de la naranja, la viña, y los productos hortícolas, estos últimos en las inmediaciones de los grandes centros de consumo.

Una cuarta respuesta sería la de intentar reducir costes mediante la supresión de una serie de operaciones que tradicionalmente se consideraban necesarias: Así, por ejemplo, se ha abandonado el «fer cavallons» alrededor del tronco de los naranjos, los cuales no se cavan tan profun-

damente como en épocas anteriores, no se «rasquen» los huertos, etcétera... Se aducen razones pseudotécnicas para dejar de hacer estas operaciones o hacerlas con menos asiduidad, además, ello no comporta una merma importante de las cosechas, sino que, muy al contrario, supone un ahorro de trabajo y, por tanto, un aumento de la rentabilidad. Como señala Martínez Alier, refiriéndose a la campiña cordobesa, muchas de estas operaciones se realizaban porque la sobrepoblación era tan grande que había hecho nacer la costumbre de trabajar por trabajar (14). Incluso se llegan a tomar las soluciones drásticas, como dejar de «birbar» (desmalezar) el arroz, porque se considera que los ingresos que se obtendrán de la cosecha no compensan el trabajo y los demás gastos que supone esta operación.

Teniendo siempre presente el dar una respuesta a la constante degradación de las rentas agrarias, el labrador valenciano busca otra salida —la quinta de las que venimos enumerando—, que sería la de obtener otras fuentes de ingresos, al margen de la propia explotación. En este sentido cabe destacar que «... hoy, para la masa de pequeños propietarios en las comarcas naranjeras, la tierra ha venido a realizar en gran medida la función que en otros lugares tiene la industria: proporciona ingresos en forma de jornales, sueldos y destajos. Ingresos pasablemente estables, y muy superiores a los que les da su tierra en tanto que propietarios» (15). Es decir, que el labrador se convierte en «collidor», en un asalariado de la tierra y especialmente del comercio. A veces se convierte en jornalero de propietarios más grandes o en el «encarregat» (capataz), que lleva las tierras de los propietarios que viven en las ciudades. Pero cada vez con más frecuencia, y muy especialmente en lo que se refiere a los jóvenes, intentan redondear sus ingresos con una actividad no agraria y ésta se convierte poco a poco en la ocupación principal. Entonces, el labrador se convierte en un obrero de la construcción, del taller o de la industria, que en su

(14) Martínez Alier, Juan: *La estabilidad del latifundismo*, Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 249.

(15) F. Mira, Joan: *Op. cit.*, p. 58.

tiempo libre y en días festivos se ocupa de su pequeña propiedad. A título de ejemplo podemos decir que en 1972, un 74 por 100 de los propietarios de explotaciones de menos de tres hectáreas, tenían una ocupación principal no agraria; en pocas palabras, son agricultores a tiempo parcial.

Finalmente, y en una fase más avanzada de dependencia, que matiza más aún el proceso de proletarización en el que se encuentra inmerso el pequeño y el mediano propietario agrícola, aparecen los contratos de producción con algunas grandes firmas agroalimentarias, por los que se comprometen a producir una determinada cantidad a un precio preestablecido. En algunos casos, es esta misma empresa la que suministra el abono, los insecticidas, las semillas selectas, etcétera. Con ello, la dependencia es mayor. Sin embargo, en el País Valenciano, este tipo de contrato no está todavía demasiado extendido —tan sólo tenemos noticias de él en lo que se refiere al albaricoque—; no obstante, creemos que tiene grandes posibilidades de arraigar, tanto en las producciones de regadío como en las de secano.

La necesidad de buscar otras fuentes de ingreso no afecta tan sólo al jefe de la explotación, sino también a las mujeres y a los jóvenes. La familia ha dejado de ser, casi por completo, la unidad de trabajo agrícola, al menos en gran parte del País Valenciano. El número de ayudas familiares de forma sistemática y progresiva; las mujeres, que en algunas comarcas no trabajaban directamente en el campo, han pasado a tener otros tipos de ocupación, y ahora trabajan en los almacenes de confección de frutas, o, por encargo, en su propio domicilio —jerseys, ropa, zapatos...—, o en las fábricas de los pueblos vecinos. Pero son los jóvenes los que más rápidamente se han alejado de las actividades agrícolas, buscando la independencia económica que comporta el tener un salario y un horario fijos.

Además de estas respuestas que hemos venido enumerando, y que podríamos calificar de «individuales», el labrador valenciano, pequeño y mediano propietario agrícola, ha adoptado otras de tipo «colectivo», como son el cooperativismo y los movimientos sindicales. La primera,

refleja la voluntad de defender los intereses como propietario-empresario (mantener unos beneficios), mientras que la segunda responde a la necesidad de luchar por sus intereses como trabajador (salario y condiciones de trabajo). Así, estas dos respuestas aparecen y se desarrollan en la medida en que el labrador adquiere un mayor grado de conciencia de su propia proletarización.

El cooperativismo valenciano tiene unas cuantas décadas de existencia en las comarcas vitivinícolas, mientras que es en los últimos años cuando empieza a plantearse como fenómeno importante en las comarcas naranjeras. Justamente, ello tiene lugar en el momento en que el comerciante comienza a tener dificultades de mercado, se le eleva el coste de la mano de obra..., en definitiva, cuando su elevado margen de beneficio peligra; entonces opta por «apretar» en el eslabón más débil, el agricultor, y éste, a su vez, comienza a tener dificultades de financiación.

Sin entrar en la cuestión de si el cooperativismo tuvo un arraigo histórico en el País Valenciano, queremos poner de relieve que el florecimiento actual representa un progreso de las fuerzas productivas agrarias «malgré lui», o lo que es lo mismo, si bien es cierto que se recurre a él como un remedio al desequilibrio presupuestario, significa, sin duda alguna, un punto de no retorno en el camino hacia formas más socializadas de producción. Sin embargo, lo que nos interesa señalar es su significado como respuesta a la degradación de las rentas agrarias.

En los primeros años de la década de los años sesenta, las cooperativas del País Valenciano representaban un 10 por 100 del total existente en el Estado español; el número de sus afiliados es muy importante, puesto que representa el 40 por 100 de los propietarios agrícolas valencianos. Pero es más significativo todavía constatar que más de la mitad de las explotaciones integradas en cooperativas tienen un tamaño inferior a las tres hectáreas, representando un 38 por 100 aquellas cuya superficie oscila entre tres y 10 hectáreas (16).

(16) Cálculos según los datos que nos suministra el Censo Agrario de 1972.

Las Cajas Rurales también tienen una cierta importancia, puesto que suponen un 10 % del total español, con un volumen en depósito de más de 8.000 millones de pesetas. Entre las funciones más importantes de las cooperativas cabe destacar la del suministro de «in puts» agrícolas para la producción, la comercialización de los productos del campo. La hegemonía de estas funciones en el cooperativismo valenciano, responde a la lógica del labrador de querer paliar la erosión de los términos de intercambio con el comercio.

El plante, la huelga y la manifestación han sido armas de lucha que siempre han utilizado las capas superiores dueñas del poder económico. El campesino, en su creciente proceso de proletarización, va tomando conciencia de su marginación, viéndose abocado a utilizar dichos instrumentos reivindicativos (17). Poco a poco, ante la necesidad de organizar y canalizar más operativamente su protesta, han proliferado los movimientos sindicales. En el caso valenciano, paralelamente a un desmantelamiento y paulatina desaparición del aparato sindicalista vertical, han aparecido sindicatos de distintas orientaciones, siendo en un principio «la Unió de Traballadors del Camp» (UTC), que más tarde quedaría englobado en la actual «Unió de L'auradors y Ramaders del País Valencià», el que abrió la brecha (18). Es de destacar que tanto este sindicato como la Federación de Trabajadores de la Tierra (FTT-UGT) abarcan a los jornaleros como a los pequeños y medianos propietarios, es decir, a todos los que viven de su trabajo en la tierra.

Sin embargo, el carácter específico que reviste la proletarización del campesinado hace que la realidad del sindicato agrario, como respuesta colectiva, adopte difícilmente posturas de clase. Así, por una parte, la emigración de los campesinos desposeídos a las ciudades significa, en último término, un querer retrasar e incluso nos atreveríamos a decir una huida de los planteamientos de clase. Por otra, «los que permanecen, conservan la apariencia de

(17) Alonso, V. L.; Calzada, J.; Huerta, J. R.; Langreo, A.; Viñas, J. S.: *Crisis agrarias y luchas campesinas, 1970-1976*, Ed. Ayuso, Madrid, 1976.

(18) Soriano Bessos, J. M.: *L'Unió de L'auradors*, Valencia, 1977.

aquello que más estiman, la propiedad de la tierra, y esta apariencia les oculta su verdadera condición, que es la de proletarios o quasi proletarios...» (19).

Pero a pesar de todo, si la condición de clase del campesinado depende de dos factores fundamentales: la utilización o no de asalariados y su perspectiva en el desarrollo capitalista (20), tenemos que afirmar que, en el caso valenciano, el pequeño y mediano propietario pertenecen objetivamente a una clase social bien determinada; pues, como ya dijimos, los labradores que poseen explotaciones de menos de tres hectáreas de superficie no utilizan, al menos regularmente, mano de obra asalariada, y sus perspectivas de futuro son las de una agudización de su contenido de proletarios.

4. A MODO DE CONCLUSION

La proletarización del pequeño y mediano campesino se inserta plenamente en el proceso de desagrarización que, desde los años 50, tiene lugar en el País Valenciano. A partir de este momento, los diversos componentes de la estructura laboral agrícola han experimentado una constante disminución, excepción hecha de los labradores que no utilizan mano de obra asalariada. Este hecho, tiene una importancia fundamental en el proceso que intentamos analizar. En primer lugar, porque la estabilidad la han alcanzado tan sólo los campesinos que no utilizaban mano de obra ajena, además, a ellos corresponden las explotaciones con tamaños más reducidos, menos de tres hectáreas. En segundo lugar, han podido alcanzar dicha estabilidad porque han dado unas respuestas agrarias. Finalmente, estas respuestas han implicado, al mismo tiempo, tanto su proletarización como su no desaparición.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la duración

(19) Jollivet, Marcel: «Sociétés Rurales et classes sociales», en *L'Univers politique des paysans*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, A. Colin, París, 1972, p. 104.

(20) Engels, F.: *La question paysanne en France et en Allemagne*. Ed. Sociales, París, 1956, p. 30.

de esta estabilidad dependerá, naturalmente, del proceso de diferenciación estructural del País Valenciano y de sus implicaciones (21) en cada una de las comarcas, del nivel de envejecimiento de la población laboral agraria y de sus posibilidades de renovación por nuevas generaciones.

En este sentido, es interesante destacar la importancia que tiene la agricultura como ocupación principal y las consecuencias que de ello se derivan. A nivel comarcal, lo que determina la mayor o menor importancia de la agricultura como ocupación principal es —sin lugar a dudas— la existencia de una industrialización y una urbanización más o menos acusada. Así por ejemplo, en el Alt Vinalopó, en L'Alacanti, La Marina, L'Horta y La Costera, menos del 35 por 100 de los propietarios agrícolas tienen el campo como ocupación principal. Por el contrario en las comarcas del interior y en algunas de agricultura intensiva y poco industrializada (Ribera Baixa y Baix Segura), más del 50 por 100 de los propietarios son los que tienen la agricultura como ocupación principal.

Por otra parte, en lo que se refiere al grado de envejecimiento del campesinado, constatamos que globalmente la edad media de los propietarios es muy elevada, ya que más del 50 por 100 tienen una edad superior a los cincuenta y cuatro años. Naturalmente, somos conscientes de que este envejecimiento estadístico se debe en gran parte a la lentitud de la transmisión de la propiedad. No obstante, comprobamos que las comarcas donde predominan los cultivos de secano presentan un grado de envejecimiento mucho más acusado, con la marcada excepción de la Plana de Utiel, en donde los propietarios de menos de cincuenta y cuatro años suponen un 45 por 100 (22).

En resumen, la actual proletarización del pequeño y

(21) Ver Cucó, J.; Fabra, M. A.; Juan, R., y Romero, J.: *La qüestió agraria al País Valencià*. Ed. Aedos, Barcelona, 1978. En lo referente al proceso de diferenciación estructural del país, la tesis aquí mantenida hace hincapié en el hecho de que mientras en las comarcas del interior tiene lugar un desarrollo del subdesarrollo rural, en las del litoral se detecta un deterioro de las posibilidades agrarias por la creciente industrialización y urbanización «no planificadas» allí ubicada, que a su vez les hace hablar de un centro y de una periferia en el seno del País Valenciano.

(22) Las cifras que manejamos provienen de cálculos propios apoyados en el Censo Agrario de 1962.

mediano campesino, y su pérdida de peso social, está en relación directa con las formas que toma el modo de producción capitalista en su desarrollo, el cual transforma progresivamente los anteriores modos de producción en función de sus propias exigencias (23). Así, la permanencia o pseudoestabilidad de unos agricultores quasi artesanales, en un momento de fuerte expansión capitalista, no puede explicarse por la superioridad técnica de su producción agrícola, sino, en parte, por su propio esfuerzo de adaptación y de búsqueda de respuestas a una situación cada vez más degradada. Y, en mayor medida, porque la sociedad global está interesada en esta supervivencia por la extracción que de plusvalía y hombres hace de aquellos. La introducción del progresismo en el campo se hace no cuando y como pudieran interesar al campesinado, en este caso al labrador valenciano, sino en el momento y con el grado y ritmo que le conviene al desarrollo capitalista.

No obstante, creemos que no se puede hablar de una proletarización homogénea del campesinado valenciano, puesto que hay que tener en cuenta el proceso de diferenciación estructural del País al que ya nos hemos referido. Por esta razón, y a grandes rasgos, podemos afirmar que existen dos ritmos diferentes: uno, en las comarcas del litoral, en donde tiene lugar un proceso de proletarización de larga duración, el cual no comporta, al menos a corto y a medio plazo, su desaparición como grupo el otro; se produce en las comarcas del interior, donde la proletarización es brusca, dándose un paso rápido del trabajador del campo a obrero industrial.

(23) Jollivet, Marcel: «Sociétés rurales et capitalisme», en Jovillet & Mendras, *Les collectivités agraires françaises*, A. Colin, París, 1974, tomo II, p. 245.

RÉSUMÉ

Dans cet article on étudie le processus de prolétarianisation du paysannage valencien à partir des années cinquante, en prenant comme variables la fragmentation de la terre et la détérioration des revenus agricoles.

Face à eux une série des réponses collectives et individuelles permettent une relative stabilité de la petite production agricole. Stabilité qui est obtenue dans quelques régions tandis qu'en autres se produise une rapide expulsion de la force de travail agricole vers d'autres zones et d'autres secteurs productifs.

SUMMARY

In this article it is studied the process of proletarianisation of the Valencian peasantry since the 1950's, taking as variables the fragmentation of the land and the deterioration of agricultural incomes.

Against them a series of collective and individual responses permit a relative stability of the small agricultural production. Stability which is obtained in certain areas whilst in others a rapid expulsion of agricultural labour force towards other areas and other productive sectors takes place.

